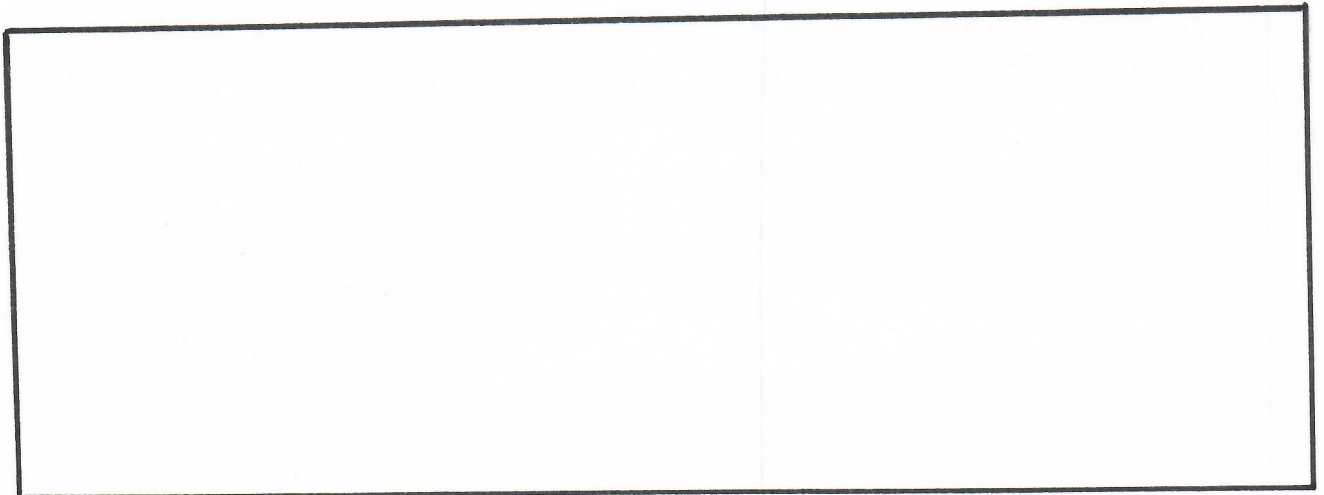


LA PINTORA

LI-CHEN

En tierras de China vivió, hace mucho tiempo, una niña llamada Li- Chen. Era alegre y simpática. Tenía un pelo precioso, recogido en una larguísima trenza, y unos ojos vivos y brillantes.

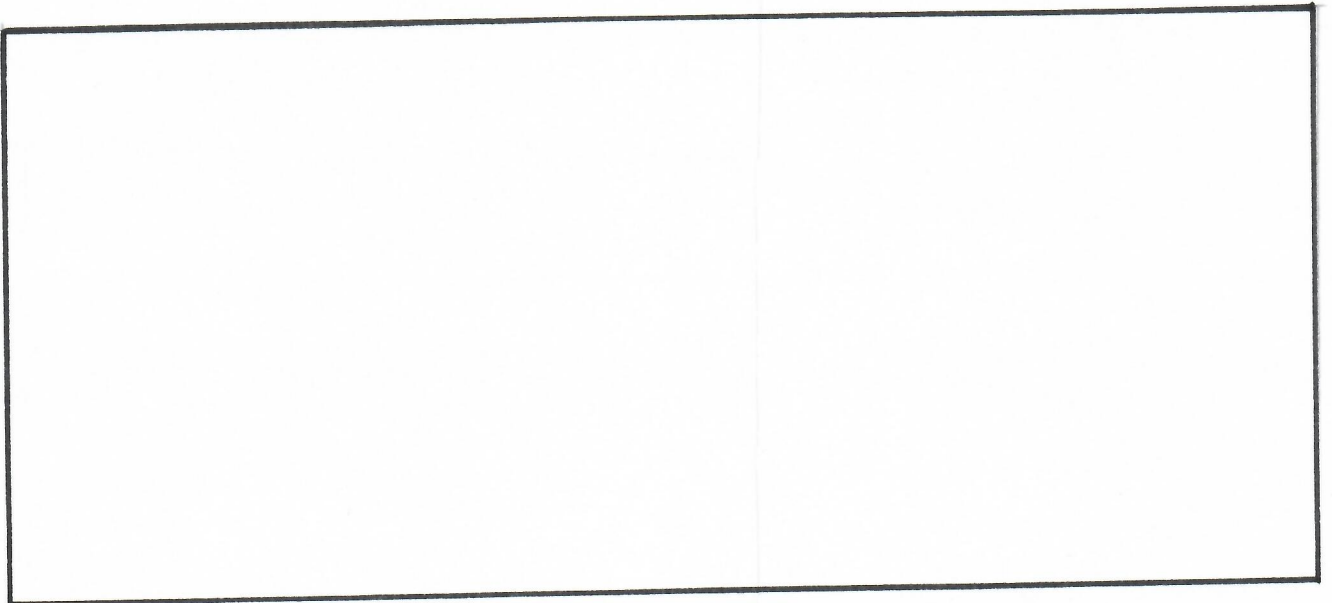
Li- Chen era muy feliz en su pequeña aldea, junto a sus padres y a sus ancianos abuelos. Le encantaba estar en el campo, al aire libre, y jugar con sus amigos entre los cañaverales de bambú que crecían a orillas del río.



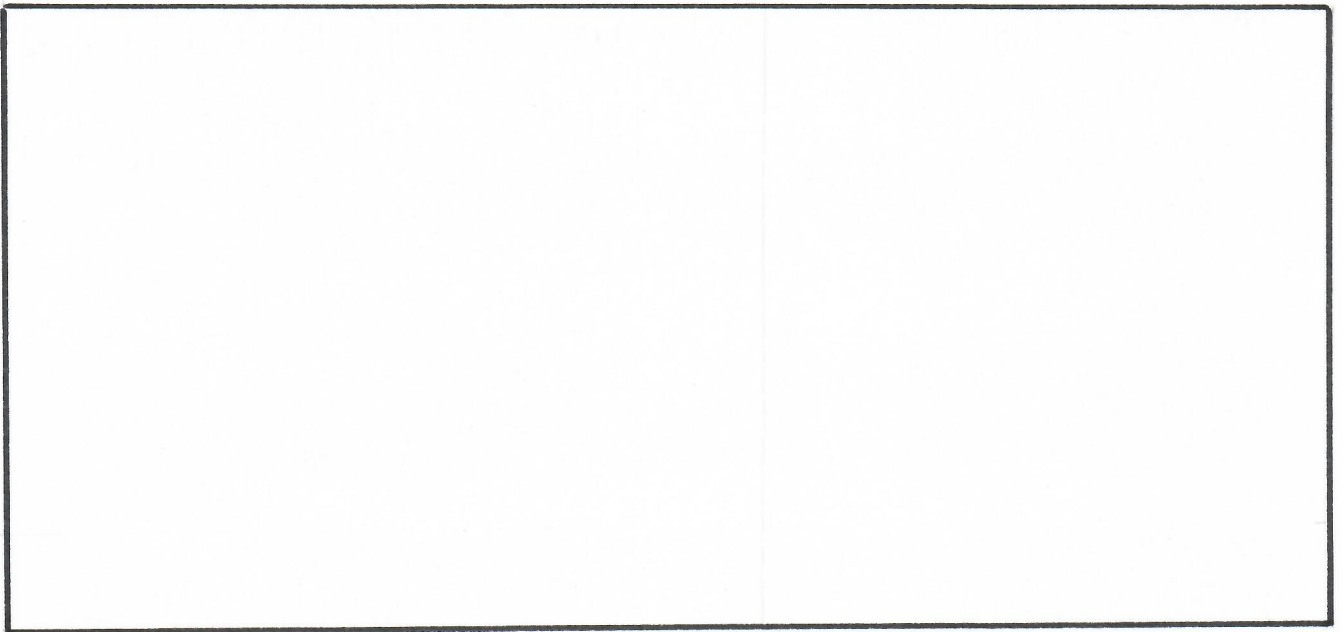
Desde muy pequeña, Li- Chen sintió una gran afición por la música y tocaba

su xilófono en la fiesta del pueblo, siempre acompañada al violín, al piano o al saxofón por su amigo Wan- Tai.

Pero Li- Chen tenía, además, una verdadera pasión: la pintura. Pintaba a todas horas y sobre cualquier material: sobre una piedra que encontraba en el río o sobre una tabla abandonada. Sus manos parecían mágicas y pintaba de todo: árboles y flores; fruteros con manzanas, uvas, kiwis y toda clase de frutas; paisajes; animales...



Un día, en una pared de la plaza, Li pintó un conjunto de aves. Aparecía una enorme cigüeña en su nido, junto a sus crías; un pavo real de bello plumaje; un gallo que daba la impresión de estar cantando su kikiriki al amanecer; una bandada de patos salvajes... ¡Aquellas aves parecían estar vivas!



La pintura causó gran admiración entre sus vecinos.

Todo el mundo hablaba de ella y mucha gente de otros pueblos visitó la aldea para poder contemplar aquella maravilla.

Pasaron unos años y la fama de Li-Chen como pintora se extendió tanto, que llegó a oídos del emperador. Entonces el soberano quiso conocerla y ordenó:

- Traed a esa joven artista a mi presencia.

Un mensajero fue en busca de Li y ésta, con lágrimas en los ojos, se despidió de sus padres y abuelos, de sus amigos y de su querida aldea.

Ya en la corte, Li pintó espléndidos paisajes. Y aquellos paisajes, que servían para decorar salones, dormitorios y corredores del palacio imperial, eran los campos, los cañaverales, el cielo, el río o la puesta del Sol de su aldea. El emperador quedó cautivado con la belleza de los cuadros.

Sin embargo, a pesar del gran honor que suponía pintar para el emperador, Li se sentía muy desgraciada. Estaba lejos de su aldea, lejos de sus seres queridos y cada día estaba más triste.

Su tristeza fue en aumento, hasta el punto de caer enferma, y ningún médico logró descubrir en qué consistía su mal.

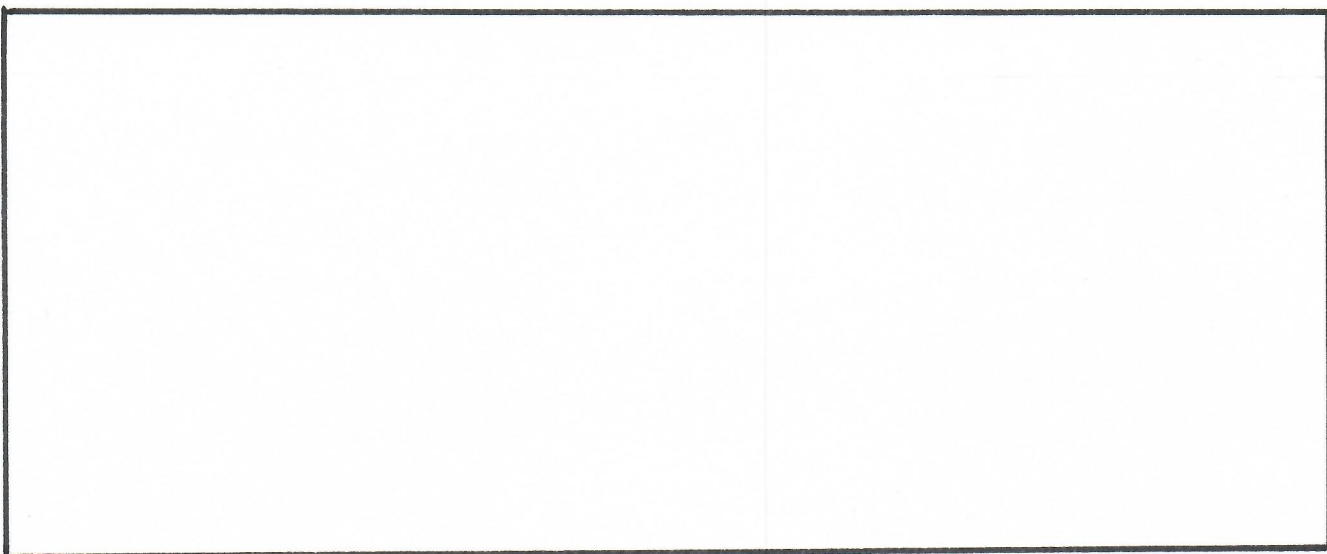
Una tarde, el emperador visitó a la joven, que estaba en la cama y se encontraba muy débil.

- Si hay algo que pueda hacer por ti, Li-Chen, dímelo.

La muchacha bajó la mirada y agradeció al soberano sus cariñosas palabras. Pero el emperador se dio cuenta entonces de que Li le estaba ocultando algo, e insistió para que se lo contara fuese lo que fuese. La joven no pudo resistir más y, entre sollozos, exclamó:

- Perdonadme, majestad, por lo que voy a deciros...

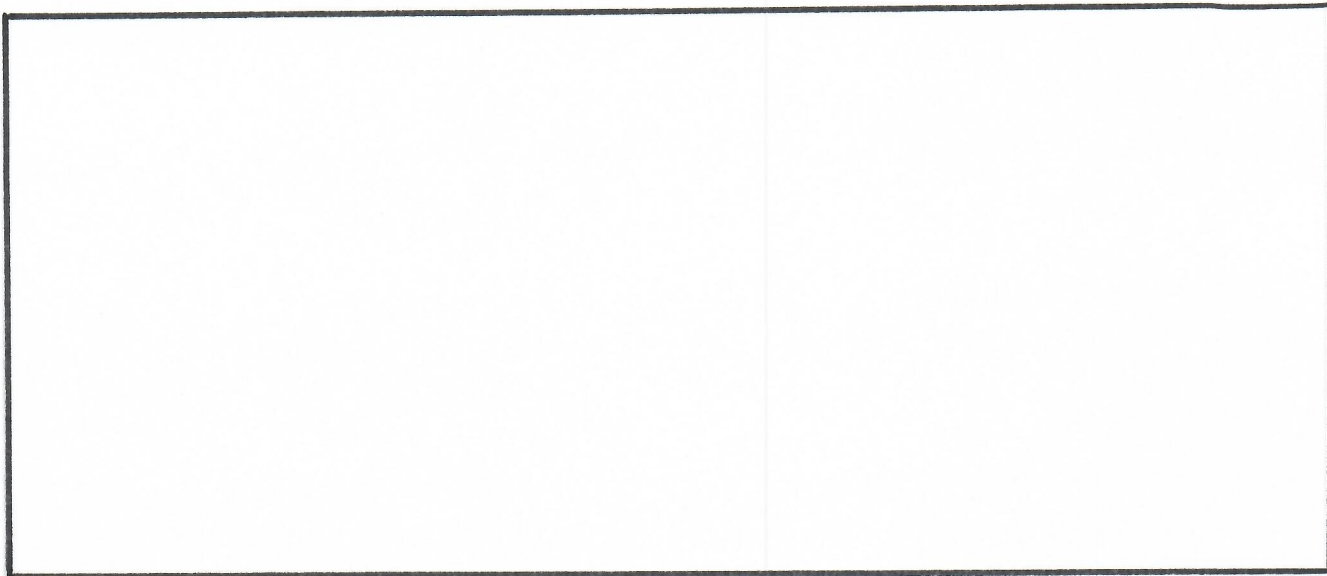
La causa de mi enfermedad es que...  
hecho de menos a mi familia, a mis amigos y también mi aldea!



El emperador, inmediatamente, ordenó que se preparara una carroza para trasladar a la joven hasta su casa. Allí, cuando estuviera recuperada, podría seguir pintando y sólo habría que ir a recoger los cuadros cada cierto tiempo.

Li-Chen fue de nuevo muy feliz junto a los suyos, en la aldea en la que había nacido, y siguió siendo una excepcional pintora: la gran pintora del emperador de China.





Un día, su querido amigo Wan- Tai, compuso para ella una canción que decía:

Y HASTA LAS AVES DEL CIELO  
SE PARABAN A MIRAR  
CUANDO LI- CHEN, EN SU ALDEA,  
OTRA VEZ VOLVIÓ A PINTAR  
UNOS PRECIOSOS PAISAJES.